

VERSION ESPAGNOLE

Se acordó de que Ripamilán le había hablado varias veces de un pozo seco que había en el Vivero. Paco Vegallana, Obdulia, Visita y demás gente loca – había dicho el Arcipreste – se entretienen en cortar helechos, yerbas, ramas de árboles y arrojarlo todo al pozo, y cuando ya llega la hojarasca cerca de la boca... ¡zas!, se tiran ellos dentro, primero uno, después otro y a veces dos o tres a un tiempo... Al mismo Ripamilán, con toda su respetabilidad, le habían hecho descender a aquel agujero, y por cierto que para sacarlo se había necesitado una cuerda... El Magistral tenía aquel pozo, que no había visto, delante de los ojos, y se figuraba a Mesía dentro de él, sobre las ramas y la yerba, con los brazos extendidos esperando la dulce carga del cuerpo mortal de Anita... ¿Tendría ella tan reprehensible condescendencia? ¿Se dejaría echar al pozo? Don Fermín estaba en ascuas. ¿Qué le importaba a él? Pero estaba en ascuas.

Andaba a la ventura, sin saber adónde ir. Se encontró a la puerta de su casa. Dio media vuelta, y seguro de que nadie le había visto, apretó el paso bajando por un callejón que conducía a la plazuela de Palacio, a la Corralada.

“¡Mi madre!” – pensó –. No se había acordado de ella en toda la tarde.

¡Había comido fuera de casa sin avisar! Doña Paula consideraba esta falta de disciplina doméstica como un pecado de calibre. Pocas veces los cometía su hijo y por lo mismo la impresionaban más.

“ ¡Cómo no se me ocurrió mandarle un recado!”. Pero... ¿por quién? ¿No era ridículo decirle a la Marquesa : ‘Señora, necesito que mi madre sepa que no como hoy con ella’? Aquella esclavitud en que vivía... contento, sí, contento, no le humillaba..., pero no convenía que la conociese el mundo. Y ahora, ¿por qué no se había quedado en casa? Bastante tiempo había pasado fuera... ¿Volvería pie atrás, desafiara el mal humor de su madre? No, no se atrevía; no estaba el suyo para escenas fuertes, le horrorizaba la idea de una filípica embozada, como solían ser las de su madre; de un discurso de moral utilitaria... De fijo le hablaría de las necesidades que le habían contado por la mañana... Y si le decía : ‘he comido con la Regenta en casa del Marqués’ ¡bueno iba a estar aquello! Pero, Señor, ¡qué luego, qué luego había empezado la gentuza, la miserable gentuza vetustense a murmurar de aquella amistad! ¡En dos días todo aquel run run, su madre con los oídos llenos de calumnias, de malicias, y el alma de sospechas, de miedos y aprensiones...! ¿Y qué había? Nada; absolutamente nada; una señora que había hecho confesión general y que probablemente a estas horas estaría metida en un pozo cargado de hierba seca en compañía del mejor mozo del pueblo.

Leopoldo Alas (Clarín), *La Regenta* [1884], Madrid, Espasa, 1990

Nota : se recuerda que en *La Regenta*, la ciudad de Oviedo lleva el nombre de Vetusta